

Mensaje del Presidente

Bolivianos:

El fin de cada año es, generalmente, la fecha tradicional y oportuna del balance de lo pasado. En este 31 de diciembre, alejándome de esa tradición, quiero, simplemente, retomar el diálogo abierto el 26 de noviembre último, en ocasión en que anuncié mi propósito irrevisable de renunciar a la postulación como candidato a la primera magistratura del país. Dije en esa oportunidad y lo reiteraré posteriormente al posesionar al gabinete que me acompaña en las tareas de gobierno, que deseo concluir la obra iniciada en agosto de 1971 y que para ello, en lo que me resta del ejercicio de la presidencia, dedicaré todos mis esfuerzos a lograr un criterio unificado para continuar la obra de desarrollo. Esbocé, luego, un programa mínimo a manera de instructivo al nuevo gabinete.

Fijado como está el lapso de duración de mi gobierno, me corresponde ahora presentar con detalle el programa mínimo esbozado, así como las grandes líneas sobre las que deberá proyectarse la política interna e internacional de nuestra Patria.

Pero antes debo reiterar una vez más que solamente nos ha sido posible realizar las obras hasta acá efectuadas, por la firme convicción de las Fuerzas Armadas de la Nación, los partidos políticos de esencia nacionalista (Movimiento Nacionalista Revolucionario), Falange Socialista Boliviana y las fuerzas barrientistas), unidos en el Frente Popular Nacionalista y por esa mayoría ciudadana que, consciente y activa, se ha definido contra el odio y la violencia, desterrando para siempre las doctrinas foráneas que pretendieron someter a la Patria tratando de alinearla en una dependencia que contradice al espíritu nacional, olvidando que Bolivia tiene su fuerza propia que emerge no sólo de la tradición de su cultura milenaria con gran sentido de comunidad y justicia social, y de sus pueblos nativos, indómitos y altivos, sino de ese crisol de razas forjadas en lucha diaria contra su grandiosa y agreste geografía; todo ello ha dado por resultado este pueblo nuestro que, con una clara conciencia de su unidad patria, así como se levantó contra el extranjero en todos los confines para forjar la República, también insurgió toda vez que fue necesario ratificar nuestra unidad y nuestro firme sentido nacional.

La última muestra fue el 19 de agosto de 1971 cuando en gesta heroica se reafirmó la nacionalidad entonando por encima de toda discordia el Himno de la Patria.

Los bolivianos no necesitamos cambiar de bandera ni de himno para que este pueblo alcance su plena realización como nación. El mejoramiento de las condiciones de vida y la más justa distribución del producto de trabajo y de la renta del capital, no es patrimonio exclusivo de ninguna doctrina. Sentimos como el que más la necesidad de quemar etapas para alcanzar esas metas sociales, pero repudiamos en definitiva todo sistema que tenga como motor impulsivo la capitalización del odio y el descontento, porque el odio no puede generar más que odio. Oponemos contra ello una profunda convicción cristiana y en esto nos acompaña todo un pueblo al que serviré hasta el fin de mis días, porque estoy comprometido con él, porque mi única causa es Bolivia.

Hemos demostrado que con orden es posible construir. Para todos es visible que la agitación y la perturbación no protegen los intereses de los que quieren trabajar y producir. Inculcamos que un aumento del bienestar es resultado de una labor dura y de un esfuerzo tenaz y no de quimeras alentadas en discursos de ocasión.

Hemos terminado con la aventura política y la improvisación que dañaron gravemente nuestra economía. Hoy todo ciudadano sabe que sus derechos son y serán respetados, que el esfuerzo y la creatividad tendrán recompensa, que nadie osará despojarle de los frutos de su trabajo o su inventiva.

El hombre boliviano ha retornado a la realidad y ha salido de una pesadilla. Se ha reemplazado el odio por la convivencia y el temor al futuro por el optimismo.

